

«Nadie está preparado para mantener inactivos durante dos meses seguidos a los niños»

¡QUÉ BIEN, SE ACABARON LAS VACACIONES!

— Fernando Pariente —

Con la llegada del mes de setiembre se acaban las largas jornadas de asueto escolar. Mientras en estos días vuelven a las aulas cientos de niños y adolescentes, los padres piensan en su fuero interno y, a veces no tan en el interno, «¡qué bien, se acabaron las vacaciones! En este suspiro de alivio quedan resumidas muchas tensiones domésticas del verano: las desesperadas búsquedas de alguna actividad para matar el aburrimiento, el deambular continuo por la casa, las peleas fraternas cotidianas por conseguir el seguimiento del programa de tele favorito... etc. etc. El verano suele convertirse en una desesperante encerrona, que atenta contra la tranquilidad de la vida familiar. Nadie está preparado para mantener inactivos durante dos meses seguidos a los niños.

El curso escolar es una bendición del cielo porque los colegios vienen en ayuda de la familia no sólo para atender y enseñar a los más pequeños, sino también para darles unos objetivos que cumplir y para estructurar su tiempo y sus preocupaciones.



La pesadilla veraniega

Durante el curso escolar los niños saben qué cosas tienen que hacer y cuando deben hacerlas. Tienen su tiempo estructurado y ocupado. Una parte importante de su horario de cada día transcurre en el colegio y son conscientes de sus obligacio-

nes y de la necesidad de dedicar parte de su tiempo de ocio al trabajo académico.

Por eso suelen ser capaces de repartir su tiempo de permanencia en casa entre distintas tareas; la necesidad les impulsa a realizar alguna clase de planificación. Que, de hecho, todos lo hagan, es harina de otro costal, pero ellos saben que tienen que hacerlo.

Estructurar el tiempo cuando no se tienen responsabilidades es muy difícil y más cuando uno es niño y no tiene mucha experiencia de su valor. Durante las vacaciones es casi imposible que un niño consiga planificar de un modo coherente y constante su actividad. Generalmente no es él quien marca un rumbo, sino que se deja llevar por los acontecimientos e improvisa lo que hay que hacer en cada momento. El resultado más frecuente son tremendas sesiones de aburrimiento, que acaban pesando como losas sobre todos los miembros de la familia.

Muchos padres, casi con desesperación, buscan antídotos contra estas situaciones en campamentos, cursos juveniles y otras actividades organizadas, pero al llegar setiembre, agotadas ya las ofertas, la mayor parte estamos hasta el gorro de aguantar a nuestros hijos y pedimos socorro a las escuelas con angustia.

Técnicas de camuflaje

Lo paradójico de la situación es que, a pesar del alivio que la escuela representa para todos los padres al final del verano,

cuando hablamos con los niños preferimos expresar exactamente lo contrario. Utilizamos técnicas de camuflaje para ocultar la mala conciencia que produce nuestra alegría contenida. Nos prestamos a someter a nuestros hijos a interrogatorios capciosos, como ¿no te da pena empezar ya las clases? Si en un paseo familiar nos encontramos con algún amigo, lo más probable es que quiera mostrarse simpático con el niño y que le diga "¡Qué lástima, ya se te acaban las vacaciones! ¡Se terminó la buena vida y... ahora al colegio".

La cosa no tendría mayor importancia si de estas charlas insustanciales, pero reiterativas, los niños no corrieran el peligro de extraer la conclusión de que los mayores pensamos que la escuela no es, precisamente, el lugar más apropiado para pasarlo bien.

Y esto no sólo ocurre al final de las vacaciones. También al principio de la escolarización nos empeñamos en compadecer a los tiernos infantes que ya tan pronto son condenados a permanecer en las galeras escolares. "¡Qué pena, tan pequeño y ya al cole".

¿Papá piensa que el cole es malo...?

Es probable que en un principio ellos no compartan ese sentimiento. Me parece que son minoría los niños que tienen una experiencia negativa de sus primeras vivencias escolares. La mayoría suele sentirse bien, tiene ocasión de encontrarse entre muchos amigos y encuentra divertidas las cosas que se hacen en el cole. Los niños gozan cuando están aprendiendo cosas. Al menos al principio se divierten mucho en clase y lo que resulta un castigo es privarles de ellas.

Sin embargo, los niños más pequeños no pueden dejar de captar a través de esas manifestaciones que los mayores parecemos tener una visión negativa del asunto. Deben imaginar que en nuestra cabeza la escuela es un sitio odioso en el que hay que sacrificarse continuamente para poder aprender algo y en el que lo mejor que puede ocurrir es que algún día se termine y uno pueda regresar al "dulce far niente" de los días sin clase, al idílico nirvana de las vacaciones.

Las vacaciones nos terminan por devolver a la cruda realidad: necesitamos ineludiblemente al colegio. Le necesitamos no sólo porque sea el lugar en el que nuestros hijos deban aprender; le necesitamos también porque sin él seríamos absolutamente incapaces de organizar su tiempo.

Llegado el momento no solo estaríamos dispuestos a mandarles a nuestros hijos para que sean educados; estaríamos

dispuestos a otorgarles nuestra plena confianza simplemente por el hecho de que nos los tuvieran allí, a buen recaudo. Lo asombroso es que, sin embargo, nosotros mismos les quitamos la tierra de debajo de sus pies, imbuyendo en nuestros hijos y los de los amigos una imagen subliminal negativa.

La escuela es guay

Por eso ahora, al comienzo del curso, parece necesario reivindicar una postura más sincera por parte de todos y un reconocimiento público de que estamos deseando que empiece el colegio. Que no es ninguna pena que se terminen las vacaciones. Que el colegio es "guay" para todos.

Si cada uno de nosotros tuviera una imagen más positiva de la escuela, esta podría cumplir mejor su misión y conseguir con más eficacia sus objetivos. Si todos nos convirtiéramos en propagandistas de sus excelencias, también seríamos capaces de transmitir a los niños una imagen más positiva de su realidad. Llegaría setiembre y todos se sentirían gozosos de volver a empezar; sentirían la ilusión de un curso nuevo, un reto por delante fácil de cumplir y divertido.

Quizá también así los profesores recuperaran una conciencia más optimista sobre sus tareas y su profesión y experimentarían una ilusión mayor para comenzar la difícil tarea que les queda por delante.

Bibliografía «Relación padres - escuela»



- ANTUNEZ, S. El Proyecto Educativo de Centro. Graó 1987
- BAILLARD, V. Entrevistas entre padres y maestros. Kapelusz 1980
- BARBERA, S. El Proyecto Docente. Escuela Española 1990
- CARRASCOSA, M. Asociaciones de padres de alumnos. Cíncel-Kapelusz 1979
- DEL CARMEN, L. Guías para la elaboración... de los Proyectos Curriculares de Centro. Cide 1991
- DIEZ, J. Familia - escuela, una relación vital. Narcea 1982
- FDEZ. ENGUIITA, M. Poder y participación del sistema educativo. Paidós 1992
- G³ CHECA, P. Los padres en la comunidad educativa. Castalia/MEC 1992
- LOPEZ, J. El proyecto educativo. Onda 1980
- LYNCH, J. Padres y profesores. Anaya 1979
- MATISSON, M. Familia e institución escolar. Fundamentos 1973
- MAURI, T. El currículum en el centro educativo. Horsori 1990
- PULPILO, A. La participación de los padres en la escuela. Kapelusz 1978
- SANCHEZ, M. Metodología y práctica de la participación. Popular 1986
- SIMON, A. El éxito en las reuniones de padres. Kapelusz 1978
- TSCHORNE, P. Padres y madres en la escuela. Paidós 92
- TSCHORNE, P. Guía para la gestión de Asociaciones. Popular 1990
- VILLALTA, M. Los padres en la escuela. Laia 1987

Documentación legal sobre «Padres de Alumnos»

- Ley 191/1964, de 24 de diciembre, de Asociaciones (BOE, 28-12-1964)
- Decreto 1440/65, de 20 de mayo, normas complementarias a la Ley de Asociaciones 1964 (BOE, 7-6-1965)
- Ley Orgánica 8/1985, 3 de julio, sobre el Derecho a la Educación, art. 5º (BOE, 4-7-1985)
- Real Decreto 1533/86, 11 de julio, sobre las Asociaciones de Padres de Alumnos (BOE, 29-7-86)
- Orden Ministerial 27 mayo 1987 sobre desarrollo de las Asociaciones de Padres de Alumnos y Alumnos (BOE, 30-5-1987)
- Orden Ministerial de 1 de febrero de 1993 para ayudas a Asociaciones de Padres (BOE, 11-2-93)
- Anteproyecto de ley de la participación, la evaluación y el gobierno de los centros (1995)
- Ayudas para Asociaciones de Padres de Alumnos (Resolución 1-2-95. Secretaría de Estado de Educación)